

BBA

# EL LENGUAJE INCLUSIVO

**2018**  
Año del Centenario de la  
Reforma Universitaria

Secretaría  
Académica  
Departamento de  
Lenguas y Literatura

Bachillerato de Bellas Artes  
"Prof. Francisco A. De Santo"  
Prosecretaría de  
Asuntos Académicos  
SECRETARÍA DE  
ASUNTOS ACADÉMICOS



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA

# EL LENGUAJE INCLUSIVO

## Introducción

El propósito de este documento es presentar una temática actual y sujeta a polémica como es la del lenguaje inclusivo. En este sentido, no es de nuestro interés fijar una posición, sino construir un texto polifónico que incorpore las voces más diversas que circulan y operan sobre los usos del lenguaje.

De acuerdo con **María Marta García Negroni**, doctora en Ciencias del Lenguaje e investigadora principal del conicet, esta discusión «pone en primer plano la necesaria reivindicación de la mujer en el mundo contemporáneo, así como también de las otras elecciones genéricas» (citada por Tosi, 2018). Indudablemente, como dice **Tosi**,

« todas estas formas de lenguaje inclusivo generan efectos de sentido que nos interpelan como hablantes y por eso muchas veces nos incomodan y desestabilizan. Son marcas lingüísticas de disenso, funcionan como espacios de puesta en escena de la otredad, emergen como huellas de la diversidad históricamente soslayada».

Sin embargo, suele discutirse la profundidad y el compromiso con las opciones de lenguaje inclusivo. Tal como sostiene **del Valle** (2018),

« dada su relevancia en múltiples dimensiones del cambio social, es imperativo no limitar la discusión sobre el lenguaje inclusivo a consideraciones superficiales: ¿respetan o no las innovaciones la matriz gramatical del idioma? ¿Triunfará o no tal o cual forma? Es necesario mantener vivo el fuego de una reflexión glotopolítica para evitar la frivolidad de fenómenos lingüísticos que son de hecho elementos integrales de los procesos de emancipación».

## Un poco de historia

Si bien los movimientos que cuestionan el carácter patriarcal y sexista del español surgieron hace unas cuantas décadas, el debate sobre el uso del lenguaje inclusivo se instaló con fuerza en los últimos años. Comenzó con los reclamos feministas, se cimentó a través de los estudios de género y de la lucha del colectivo LGBTQI, se plasmó en cuantiosas guías de lenguaje no sexista y ahora fluye en el discurso de gran cantidad de hablantes.

Cabe tener presente que, en los 90, los estudios de **Judith Butler** propiciaron la idea de que el lenguaje constituye un factor determinante en la construcción del género. Desde esa perspectiva, puede considerarse que el lenguaje actúa sobre los imaginarios sociales y, por ello, es necesario intervenirlo, con el fin de lograr la visibilización de la mujer y mostrar una apertura hacia la diversidad de género.

Respecto del español, ya en 1995, **Carmen Alario**, **Mercedes Bengoechea** y **Ana Vargas**, integrantes de la *Comisión Asesora sobre el Lenguaje del Instituto de la Mujer*, de Madrid, sostenían que el uso del masculino genérico «se basa en un pensamiento androcéntrico que considera a los hombres como sujetos de referencia y a las mujeres seres dependientes».

Recordemos que, según la Real Academia Española, cuando se hace referencia a sustantivos que designan seres animados, el género gramatical masculino designa la clase que corresponde a todos los individuos, sin distinción de sexos. Por ejemplo, en la frase «*Los científicos defienden sus derechos*», se estaría incluyendo tanto a hombres como a mujeres. Por eso, se dice, en términos lingüísticos, que el masculino es un género gramatical no marcado, ya que alude al miembro de una oposición binaria que puede abarcarla en su conjunto, lo que hace innecesario mencionar el término marcado (el femenino).

Por el contrario, los movimientos que abogan por el lenguaje inclusivo sostienen que el uso del masculino genérico produce ambigüedades y confusiones. Por ejemplo, en el caso anterior se estaría ocultando a «*las científicas*». Entonces, y a partir del postulado de que la utilización del género gramatical masculino para referirse a los dos sexos no consigue visualizar a la mujer, diversas guías –especialmente a partir del año 2000– propusieron formas alternativas para tender a un

lenguaje no sexista, como el desdoblamiento o doble mención («*chicos y chicas*»), el reemplazo por sustantivos abstractos («*el estudiantado*» por «*los estudiantes*»), la terminación **-e** para sustantivos y adjetivos que remiten a seres humanos, así como el uso de barras («*los/as trabajadores/as*»), el arroba («*l@s trabajador@s*») y la **x** («*lxs trabajadorxs*») en los textos escritos.

Sin embargo, la postura de la RAE se ha mantenido sin cambios hasta ahora: desestima ciertos usos por agramaticales, en el caso del **@** y la **x**, o por artificiosos e innecesarios, los desdoblamientos o «*dobletes*» (como los llama despectivamente el académico **Ignacio Bosque**). La *Nueva gramática de la RAE* (2010) explica: «**El circunloquio es innecesario cuando el empleo del género gramatical no marcado se considera suficientemente explícito para abarcar a los individuos de uno y otro sexo**». Por su parte, **Ignacio Bosque** sostiene que no debe sacrificarse la eficacia, la economía y la «*naturalidad*» del español frente a una pretensión de visibilidad.

Como es sabido, las academias y las normas no pueden dominar el uso de la lengua, y las formas lingüísticas inclusivas circulan con ímpetu en ciertos núcleos sociales. Aparecen principalmente en intercambios orales y en ciertos géneros escritos de las nuevas tecnologías, de índole informal, como en las redes sociales. Pero ¿qué sucede en los textos escritos que escapan a la mera decisión personal y deben adecuarse a políticas editoriales? ¿Qué postura toman los profesionales de la edición? Generalmente, las hojas de estilo de las editoriales comerciales, como las académicas o escolares, no suelen presentar aspectos de lenguaje inclusivo. Las pautas siguen las indicaciones de la RAE y, por ejemplo, los desdoblamientos suelen percibirse como redundantes y como obstaculizadores de la lectura. No obstante, éstos aparecen cada vez con más frecuencia. Para delinear algunas respuestas, en primer lugar es preciso aclarar que la representación de los editores y correctores como fundamentalistas de la RAE y guardianes del purismo parece haber caducado. Lejos de ello, en la actualidad, hay una incipiente tendencia a manejarse con sensibilidad y flexibilidad para adaptarse a los géneros discursivos, los destinatarios, las variedades lingüísticas y las hojas de estilo de cada editorial o medio de comunicación donde trabajan. Obviamente, tienen que conocer la normativa a la perfección, pues deben atender a los aspectos ortográficos y gramaticales de los textos. Sin embargo, algunas cuestiones pueden ser fruto del debate y consenso del equipo editorial. El uso del lenguaje no sexista es una de ellas. Por ejemplo,

en las guías de estilo de revistas científicas o bien de organismos públicos, como el Ministerio Público de la Defensa de la Nación o la Cámara de Diputados, suelen figurar pautas de lenguaje inclusivo. En un libro editado por el Ministerio de Salud, una nota inicial fundamenta el uso de la **x** a lo largo de la obra: «No se han utilizado pronombres y/o artículos (él, el, la), sino que se han marcado con una **x** las vocales que generalizan los pronombres, reconociendo y visibilizando así los paradigmas e identidades que cuestionan el sistema binarista».

## La lengua y las variedades internas

Desde la lingüística descriptiva podría postularse la idea de que el lenguaje inclusivo resulta una variedad que responde a la elección de los hablantes. Las lenguas no existen como entidades rígidas, absolutamente uniformes para cada hablante e invariables en las diferentes situaciones comunicativas, sino que se hallan diversificadas internamente en múltiples variedades. De este modo, se registran diferencias en relación con el espacio geográfico (diatópicas o dialectales); diferencias entre los distintos grupos que integran la comunidad (diastráticas o sociales) que comparten un núcleo de material lingüístico común a todos los estamentos socioculturales y una serie de características (fónicas, léxicas, morfosintácticas) que los distinguen. Finalmente, se producen diferencias entre usos y modalidades (diafásicas, de estilo o registros) que se manifiestan de acuerdo con la situación comunicativa. Así, una misma persona puede manejar diversidad de registros (familiar o coloquial, formal, etc.) adaptando su modo de decir a las características de la situación: según sea el tema, la relación con el interlocutor, el modo (oral o escrito) del discurso. Precisamente, se entiende por *variante lingüística* el uso de la lengua condicionado por factores de tipo geográfico, sociocultural, contextual o histórico. La forma como los hablantes emplean una lengua no es uniforme, sino que varía según sus circunstancias personales y el tipo de comunicación en que están implicados.

Esta variación es la responsable de la evolución de las lenguas. Precisamente, un cambio de una forma antigua a una nueva implica necesariamente un estadio donde tanto la forma nueva como la vieja coexisten y

pueden derivar en variación lingüística. Como sostiene **Silva-Corvalán** (2001):

« el estudio de la variación más allá del nivel de la fonología lleva necesariamente al sociolingüista a extender su análisis al nivel del discurso, de la semántica y de la pragmática, ya que su objetivo es explicar la variación. La sociolingüística toma el discurso en su contexto pues le interesa explicar por qué la lengua ofrece posibilidades aparentemente sinónimas y por qué el hablante escoge una de ellas en un discurso dado, qué factores en el contexto motivan la elección de decir de una u otra forma la misma cosa».

## ¿Cómo cambian las lenguas?

El cambio en las lenguas es una consecuencia directa de la capacidad creativa de los hablantes; esta creatividad no se desarrolla de forma caótica, sino que sigue unas reglas tanto estructurales como psicolingüísticas y sociolingüísticas.

El cambio comienza en un punto débil del sistema, en una zona de equilibrio inestable. La expansión inicial es lenta, pero si la tendencia continúa, llega un momento en que se acelera y se extiende con cierta rapidez; por último, el ritmo vuelve a bajar; es lo que algunos expertos llaman «*patrón lento—rápido—rápido—lento*», o *curva de crecimiento en forma de S*. Durante este tiempo, que puede durar siglos, la forma antigua y la nueva coexisten; en la medida en la que la forma nueva va siendo adoptada por más grupos sociales, la forma antigua pierde terreno. Finalmente, si la solución novedosa alcanza a los grupos de prestigio, el rasgo se introduce en la norma y desplaza definitivamente a la forma antigua. Por lo tanto, la variación estilística y social puede ser indicio de un cambio en ciernes: todos los cambios han ido precedidos de variación, pero no todos los casos de variación sociolingüística desembocan en un cambio. Habrá que ver si la variación que introduce el lenguaje inclusivo deriva en un cambio lingüístico sustentado por las necesidades comunicativas de sus hablantes. De ahí que la sistematización de esta variante sea una incertidumbre. Por ahora, la usan algunas comunidades de hablantes en determinadas situaciones y géneros discursivos.

## ¿Es sexista la lengua española?

Las reflexiones sobre la discriminación a través del lenguaje estuvieron muy presentes en la *Feria del Libro de Guadalajara*. Académicas y escritoras españolas y latinoamericanas volcaron sus opiniones:

« El español divide entre masculino y femenino, pero el finlandés, el turco o el persa son lenguas sin marca de género gramatical. El griego tiene tres, mientras que por ejemplo el polaco distingue entre cinco: neutro, femenino, masculino personal, inanimado y animado. Entonces, ¿qué tiene que ver la gramática con la discriminación sexista? Nada – responde Concepción Company, doctora en filología por la Universidad Autónoma de México – porque la gramática es neutral, es un mero recipiente. Somos los humanos los que discriminamos, pero no con la gramática, sino con el discurso que hacemos valiéndonos de ella». «Por toda la feria – añade la académica mexicana – hay colecciones de nuestro clásicos, y a nadie se le ha ocurrido decir nuestros clásicos y nuestras clásicas. Porque el género masculino gramaticalmente es indiferente al sexo, que sí es siempre binario».

Las apuestas de gobiernos latinoamericanos por el llamado lenguaje incluyente se repasaron también durante la feria, como el caso de la constitución venezolana que ha crecido en cantidad de páginas al desdoblarse todos los presidentes o presidentas, magistrados o magistradas, procuradores o procuradoras, ministros o ministras.

Las académicas señalaron que el escollo no es la gramática sino el sesgo cultural e ideológico, las relaciones de poder que pesan sobre sus reglas, tal como apuntó la escritora española **Rosa Montero**:

« La lengua es como la piel del cuerpo social que refleja el movimiento de ese cuerpo. Por eso, si la sociedad es machista, la lengua es machista. Pero intentar cambiar ese organismo vivo por decreto casi nunca da buenos resultados» y agregó que «el todos y todas es de un cansino que mata».

Sin embargo, la elección de las palabras es una cuestión más política que gramatical, por ejemplo, la palabra «señorita» va poco a poco desapareciendo en España, «porque –añade Montero– es demencial que a una mujer se le considere de diferente modo por estar o no casa-

da». «La misoginia no está en el idioma, es nuestro uso del lenguaje el que refleja nuestra postura con respecto al problema de la igualdad de género», señaló la escritora mexicana **Brenda Lozano**. Así, los nuevos encajes entre esas relaciones de poder se van destilando por el esqueleto del idioma. En este sentido, la Real Academia Española (RAE) anunció que como respuesta a una campaña ciudadana añadió un nuevo uso, «*discriminatoria o despectivo*», al término «*sexo débil*».

Otro dato difundido en la feria fue el hecho de que sólo cuatro escritoras han sido reconocidas con el premio *Cervantes* en cuarenta y una ediciones y sólo seis mujeres tienen un lugar entre los cuarenta y seis asientos de la RAE.

«¿Crees que la mujeres han sido tratadas en la historia de la literatura española como Don Quijote trató a Dulcinea?», le preguntó en una de las mesas **Elena Poniatowska** (*Cervantes*, 2013) a **Soledad Puértolas** (*silla g* de la RAE), que respondió con una genealogía de la academia:

« Hasta 1978 no había ninguna mujer. Cuando se funda en el siglo XVIII, las mujeres no podían salir de casa. Sólo algunas recibían en sus salones. Y para eso había que tener una casa y ser rica. Aún hoy en día las escritoras somos antes mujeres, que escritoras. Y eso se dice con una intención».

También las estudiantes de las carreras de Letras vienen cuestionando la escasa cantidad de escritoras leídas y estudiadas en la Facultad.

La lengua otorga identidad, conciencia de uno mismo, atraviesa la vida y nos coloca en un determinado lugar del mundo. «Es el sedimento secular y milenarismo de hábitos y rutinas históricas», como la define la académica de la UNAM. Por eso la escritora mexicana **Claudina Domingo** subraya que «el cuestionamiento del sexismo en la lengua española es algo que debe ser atendido y discutido. Porque lo que hablamos es el resultado de épocas en las cuales se impuso una visión patriarcal de la sociedad».

En ese «*espejo deformado del lenguaje*», la escritora cubana **Wendy Guerra** ha descubierto que

« no es lo mismo construir frases en una sociedad machista leninista donde todo está en función de una marcialidad, de un hermetismo creado y amparado por hombres, que estructurar un

lenguaje equilibrado desde la plena igualdad». Y añade: «¡Ojo! Puedes decir: compañeros y compañeras, niños y niñas, pioneras y pioneros, para ser políticamente correctos y luego no referirte nunca más a las mujeres y ensamblar ejemplos, nombres, conceptos destinados o referidos únicamente al universo masculino. Esa ha sido la banda sonora de mi vida. El discurso aparentemente igualitario pero blindado de machismo».

## Formas de sexismo lingüístico

Desde una perspectiva sociolingüística, **García Menenguer** (1987) se refiere a «tres agentes potencialmente responsables del sexismo lingüístico: el hablante y su contexto mental; el oyente y su contexto mental; y la lengua como sistema». La inclusión de la lengua como responsable del sexismo es discutible en tanto que los enunciados son apropiaciones individuales del código que llevan a cabo los hablantes en procesos complejos de ostensión e inferencias. La lengua no dice en forma sexista sino que los hablantes hacen uso explícita o implícitamente de los recursos que les ofrece el sistema para comunicarse de un modo u otro. El autor agrega que el sexismo lingüístico puede producirse tanto en el nivel del léxico como sintáctico. Así, los hablantes «incurren» en sexismo léxico por razón de utilizar ciertas palabras que pueden identificarse aisladamente, mientras que se comete sexismo sintáctico cuando la discriminación se debe a la forma de construir la frase.

Serían casos de sexismo léxico, entre otros, los usos que se detallan:

**a) Tratamientos de cortesía:** «señor» no prejuzga estado civil, alude a varón adulto. En cambio, «señora», «señorita» dependen del estado civil, de la relación que tenga la mujer con el varón: casada con, hija de.

**b) Pares incorrectos:** el par «varón—hembra» es denigratorio para la mujer, debe usarse «varón—mujer» o bien «macho—hembra».

**c) Duales aparentes:** expresiones formalmente simétricas pero semánticamente asimétricas y siempre en contra de la mujer: «hombre público—mujer pública», «fulano—fulana».

**d) Vacíos léxicos:** falta de vocablos para referirse a ciertas cualidades en la mujer que sí tienen vocablo para varón: «caballerosidad», «hombria de bien».

**e) Palabras y expresiones androcéntricas:** «Encontré a dos portugueses con sus mujeres» (compárese con «encontré a dos portuguesas con sus maridos»).

Según **García Menenguer**, «el sexismo sintáctico es más importante y significativo que el léxico, pues revela en quienes incurren en él un arraigo más profundo de la mentalidad patriarcal», entre los casos que se pueden mencionar encontramos:

**a) Estereotipos:** «El fiscal resultó ser una mujer, bastante guapa por cierto»; «una enfermera rubia»; «un fornido enfermero».

**b) Androcentrismo u óptica de varón:** «Gente que sólo busca su pan, su hembra, su fiesta en paz» (se identifica «gente» con un colectivo de varones); «El mundo se mueve por dos razones: una por sobrevivir y otra por unirse a hembra placentera» (**Arcipreste de Hita**: se identifica «mundo» con el sexo masculino).

**c) Salto semántico:** «Los ingleses prefieren el té al café. También prefieren las mujeres rubias a las morenas» (de una frase a otra, la voz «ingleses» salta semánticamente de colectivo de personas a colectivo de varones).

## El debate sobre el lenguaje inclusivo/inclusivista: cruce de voces

A continuación seleccionamos algunos fragmentos que ponen de manifiesto los argumentos que justifican las posiciones de sus autores frente al tema que resulta polémico desde su misma mención como «lenguaje inclusivo» o «propuesta inclusivista».



1.

## *La propuesta de uso del lenguaje inclusivo*

**Inmaculada Montalbán,  
Presidenta de la Comisión de  
Igualdad del Poder Judicial,  
España**

La profesora sustituta llegó a la clase de música de primaria y animosa exclamó: «*Ahora vamos a cantar todos los niños*». La hija de mi amiga quedó callada como el resto de sus compañeras. No se dieron por aludidas. Su maestra de todos los días hablaba de «*niños y niñas*».

Es un ejemplo de la importancia del lenguaje en la formación de las personas y en sus actitudes. La utilización de un lenguaje no sexista es algo más que un asunto de corrección política, porque influye poderosamente en el comportamiento y en las percepciones.

Nombrar algo o a alguien es darle presencia, visualizarlo. Mediante el lenguaje se nos llama y se nos ignora y todo ello condicionará la imagen de la realidad que nos construyamos y cómo la transmitiremos. Para existir todo debe tener un nombre. La utilización sexista del lenguaje implica la invisibilidad de las mujeres, tanto de su presencia como de sus logros. Así lo entiende la *Ley de Igualdad*, cuando fija como criterio general de actuación de los poderes públicos la implantación de un lenguaje no sexista en el ámbito administrativo. Una prescripción respetada por el Consejo General del Poder Judicial que, a propuesta de su Comisión de Igualdad, aprobó unas *Normas mínimas para evitar la discriminación de la mujer en su lenguaje administrativo*.

**Lagneaux, Facultad de  
Periodismo, UNLP**

Para la corrección de textos académicos en el ámbito universitario también es importante observar que el uso del lenguaje inclusivo es una particularidad del estilo, siempre y cuando el método se vea unificado desde el principio hasta el final de la producción y esté enmarcado en un sentido de coherencia gramatical.

**Romina Galarza, Facultad de  
Periodismo, UNLP**

Es necesario destacar la importancia de seguir pensando en el uso de la «x» y de ser inclusivos con el lenguaje. No se trata solo de cambiar una letra y ya. Va más allá de eso, nos compete en una lucha que poco a poco va tomando terreno a nivel cultural y social. Si las redes sociales pueden crear este cambio de paradigma, nosotros como personas también a partir de cómo pensamos y cuáles son nuestros puntos de vista.

Reitero la inclusión dentro del discurso porque interpela de lleno nuestra forma de comunicarnos. El uso de la «x» marca una transformación en las estructuras preestablecidas. Para desarrollar un nuevo poder simbólico a través de las palabras. Dejando de lado el lenguaje sexista y de género binario, disminuyendo la desigualdad.

Establecer un vocabulario alternativo e inclusivo creará más conciencia de las luchas sociales, de las movilizaciones en masa, de las publicaciones a través de las redes sociales. En conclusión, visibilizar el uso de la «x» permitirá un mayor alcance de los debates sobre la identidad sexual, la inclusión y la igualdad de género.

**José del Valle, lingüista**

En la medida en que la norma se constituye socialmente —recordemos, entre dinámicas tanto conflictivas como cooperativas—, es permanentemente susceptible de ser incumplida, reinterpretada y alterada. Y es en esta pugna entre normas —potencial pero fundamental— donde reside la condición política del lenguaje. Hablar, señalar o escribir es necesariamente posicionarse en —y en relación con— un universo social, barajar identidades, cumplir o incumplir patrones de acción social en virtud de los cuales se legitima o deslegitima nuestra pertenencia a un grupo. Por ello, desde una perspectiva glotopolítica, el incumplimiento o alteración de la norma no se explica como ignoran-

cia gramatical sino como visibilización de una posición social y como potencial construcción y manifestación de sujetos políticos. Esos momentos de transgresión lingüística, en definitiva, son los que desatan la condición política —socialmente situada y ligada a intereses concretos— de la norma transgredida y desenmascaran a la ideología política que, tras el velo de naturalidad con que cubre la norma que custodia, se beneficia de su reproducción acrítica.

*Al existir una norma alternativa, el simple acto de hablar deja de ser tan simple pues ahora se sabe que quien habla escoge y al hacerlo se posiciona política y éticamente.*

Decir «*la portavoza y el portavoz*» es, en efecto, alterar un hábito lingüístico, es incumplir una regla o norma gramatical. Pero, atención, el argumento que pretende «*proteger*» la gramática violentada afirmando su autonomía con respecto a la voluntad humana —esgrimido una y otra vez por la RAE— es falso. En base a él, quienes custodian la norma y las reglas que la legitiman dirán: «*No soy yo quien proscribió ese neologismo; es el sistema gramatical*». Y sin embargo, no hay nada en la «*naturaleza*» de portavoz que impida la innovación portavoz; «*el sistema gramatical*» no tiene capacidad de decisión. Que una persona desligue portavoz del patrón morfológico que caracteriza a recogepeletas y chupatintas y la decline en función del género del referente no viola ningún sistema que haya surgido de modo natural sino que rompe un hábito lingüístico, desafía una norma y —y esto es crucial— perturba el orden social ligado a la norma incomodada. Lo que conspira en contra de tal innovación no es «*la gramática*» sino dos hechos que son fundamentalmente políticos: primero, el hábito —inscrito en el cuerpo de escuchar y decir la portavoz y, segundo, el deseo político de desacreditar la acción social de la que es parte el neologismo portavoz. Es el primero el que lleva a mucha gente —incluso alguna que se declara abiertamente feminista— a rechazar las innovaciones propuestas. Y es el segundo el que motiva viscerales reacciones públicas entre quienes se resisten a aceptar las bases del feminismo y ven en estos gestos lingüísticos un campo de batalla favorable.

**Francisco Fernández Beltrán,  
Presidente de la Unión de  
Editoriales Universitarias  
Españolas**

El informe de la Academia es un estudio equilibrado y una advertencia necesaria-

ria sobre ciertos abusos. Resulta evidente que todos los ejemplos expuestos merecen una reflexión desde el punto de vista lingüístico. No hay que olvidar que determinadas prácticas y recomendaciones de las citadas guías se plantean para hacer una llamada de atención sobre una situación de infravaloración de las mujeres, que en determinados ámbitos no han alcanzado la plena igualdad, pero ello no debe poner en riesgo la utilidad del idioma como herramienta de comunicación y relación.

**Adelaida de la Calle, Rectora de la Universidad de Málaga y presidenta de la Conferencia de Rectores de Universidades Españolas**

Es un auténtico trabajo de investigación con todo el sentido. La sociedad española ha funcionado normalmente con un lenguaje muy sexista y hay que cambiarlo, igual que hemos cambiado montones de actuaciones. La mujer debe contar en todo, y eso incluye el lenguaje. Es cierto que la lengua es algo vivo y se va adaptando a las circunstancias en cada momento y características, y que, hasta hace relativamente poco, la mujer no formaba parte de muchos aspectos y era difícil que contase en una estructura lingüística diferente a la que se había ido generando a lo largo del tiempo. Ahora somos conscientes y lo estamos intentando. Hay que poner a la mujer en valor y hacer el esfuerzo de cambiar el lenguaje, aunque no se puede lograr de la noche a la mañana. Debemos trabajar desde los primeros niveles de la enseñanza. También tengo claro que el genérico se debe seguir utilizando porque no se hace con tono discriminatorio.

**Carmen Bravo, Secretaria Confederal de la Mujer (Madrid)**

Al académico, catedrático y ponente de la Nueva gramática, ante el conocimiento de las numerosas publicaciones para la utilización de un lenguaje no sexista, debiera inquietarle esta realidad e instar a la Academia a promover la utilización de un lenguaje no sexista; no para dar mayor visibilidad a la mujer a través del lenguaje, sino para no ocultar el género social: mujeres y hombres.

Si el uso genérico del masculino para designar a los dos sexos está muy asentado como él dice, lo está, entre otras razones, por el sesgo androcéntrico de las instituciones y de quienes son responsables de la vigilancia del buen uso de la lengua. Por

eso, desde Comisiones Obreras promovemos un uso de la lengua más inclusivo desde el punto de vista del género y más igualitario desde la práctica democrática del lenguaje y demandamos que la RAE también lo haga. Las guías sobre la utilización de un lenguaje no sexista son elaboradas por personas expertas y formadas académicamente (no precisamente por este autor), con excelentes currículos en lengua española, por lo que nuestra apuesta por un lenguaje inclusivo de género no carece de fundamentos lingüísticos, ni de objetivos sociales como son: democratizar el lenguaje y dar visibilidad social a los géneros femenino y masculino y lograr una sociedad más igualitaria y transparente desde el punto de vista del género lingüístico.

**Laura Freixas, escritora**

Me parece excelente que haya debate —nada menos que en la portada de *EL PAÍS*— porque para solucionar un problema cualquiera (en este caso la invisibilidad lingüística de las mujeres) el primer paso imprescindible es reconocerlo como problema. Es una buena noticia que el debate sobre el sexismo de la lengua se haya colocado en la agenda, como pasó hace unos años con la violencia de género, y, hace un siglo largo, con el sufragio femenino. Vamos bien. Además, me alegro de que por fin se plantee un debate, con argumentos, en lugar de las caricaturas, exabruptos y ocurrencias a los que algunos articulistas (lo pongo en masculino porque son todos varones) nos tienen acostumbrados/as. ¡Ya era hora!

Desde sus orígenes en el siglo XVIII, el feminismo creyó que la igualdad entre los sexos se conseguiría mediante la igualdad política, jurídica y educativa. Cuando por fin las hemos conseguido, resulta que aún estamos muy lejos de la igualdad real. ¿Por qué? ¿Qué ha fallado, qué falta? Yo creo que la respuesta está en la cultura. Y la cultura es la ilustración figurativa de lo que el lenguaje expresa a un nivel más abstracto: la jerarquía entre los sexos y el monopolio de la condición humana por parte del varón. El lenguaje tiene parte de culpa de que todo lo femenino sea visto como parcial, marginal, particular... mientras que lo humano se confunde con lo masculino.

**Javier Goma, filósofo y director de la Fundación Juan March**

Las reglas que regulan el lenguaje son una creación popular, emanaciones del pue-

blo y de su espíritu como diría Montequieu, y, por tanto, no hay nada más soberano y democrático que lo que emana del pueblo, y el lenguaje es soberano. Por otra parte, no es nunca neutro en el sentido de que cuando uno utiliza una palabra no solo se refiere a lo que ese término designa, sino a un universo de connotaciones, de tal manera que cuando sea correcto gramatical o sintácticamente también ellas están cargadas de ideología. Son dos observaciones paralelas y no debemos admitirlas por ser solo una cuestión filológica porque lo ideológico le subyace con una visión del mundo. Y si la sociedad entiende que esa visión del mundo que subyace a la filología es incorrecta o degradante o injusta creo que se pueden adoptar algunas medidas para corregirlas. El lenguaje es en sí mismo una costumbre y las correcciones deberían convertirse en costumbre y no en una imposición de nadie.

**Ouka Leele, Fotógrafa y artista**

Creo firmemente en el poder de la palabra. La influencia de la estructura del lenguaje en la cultura es enorme. El uso de las palabras ha de ser consciente y si en cuanto a la visibilidad de la mujer ha de hacerse una revisión del lenguaje, estoy completamente de acuerdo con ello. Es importante que nos demos cuenta de lo que decimos y de lo que nuestras palabras pueden influir sobre todo cuando se trata de la formación de las niñas y los niños que ya en el aprendizaje de su lengua materna reciben todo el peso de su cultura casi sin darse cuenta. E interiorizan una supremacía o minusvalía de su género en el simple hecho de aprender a hablar.

Por otro lado hay palabras como poeta que son muy bonitas y que no necesitan de la palabra poetisa o poeto para definir su género cuando se puede entender por el artículo: la poeta o el poeta. Como no me gustaría periodista para el femenino de periodista o periodista para el masculino. Hay también que cuidar la belleza de una lengua cuando se plantean cambios para la mejoría, la igualdad y la dignidad de todas las personas que practican esa lengua.



## Otras maneras de pensar la cuestión del lenguaje y el género

**José Luis Moure, Presidente de la Academia argentina de Letras**

Es una evidencia comprobable que los cambios lingüísticos que se imponen en una sociedad son aquellos que alcanzan difusión en los sectores más vastos de la población, y que usualmente –con las excepciones esperables– nacen de procesos evolutivos de la propia estructura del idioma, de la búsqueda de una mayor expresividad (sobre todo en el léxico), de la designación de realidades antes inexistentes (el mundo de la técnica es un buen ejemplo), y en una suerte de corolario de esto último, de las modificaciones sociales compartidas. En lo que atañe a la gramática propiamente dicha, suele prevalecer casi siempre una simplificación del sistema. Esta explicación es necesaria para entender mejor lo siguiente.

En la propuesta «inclusivista» es preciso separar la preocupación que está en su base –legítima en tanto procura el reconocimiento, defensa o ampliación de derechos de un sector de la sociedad– de los mecanismos, en este caso de intervención en la lengua de 500 millones de usuarios, a los que se confía la empresa. De las intervenciones que se han venido proponiendo, acaso la menos espectacular consiste en imponer que se desdoble la mención del sustantivo afectado haciendo visible el género femenino («señoras y señores» –ejemplo en el que se advierte que el procedimiento no es nuevo–, «los y las estudiantes», encomendando al artículo la visibilización femenina, etc.). Cabe preguntarse si la mayor parte de los hablantes necesitará afectar la economía de su expresión recurriendo a ese mecanismo de redundancia, pero se trata de una elección cuya aceptación y generalización es impredecible.

En cuanto a la idea de unificar con la vocal «e» las distinciones de género presentes en los sufijos nominales «-a(s)» (femenino) y «-o(s)» (masculino), más que desaprobando la propuesta, parece conveniente exponer las razones que permiten anticipar su fracaso:

**a)** no surge como cambio «desde abajo», es decir como una progresiva y por lo general lenta necesidad expresiva de un número considerable de hablantes, sino como una propuesta «desde arriba», numéricamente minoritaria, nacida de un grupo de clase media que busca imponer con marca en la lengua un valor en torno a un reclamo social; **b)** no implica una simplificación del sistema preexistente, sino una complicación inducida. Esa intervención afecta la estructura misma del idioma en su sistema de desinencias morfológicas de género (elaboradas a partir del latín y a lo largo de siglos), proponiendo la inserción de una terminación artificial arbitraria (vocal «e» ¿por qué no «i»? ) sin existencia en la conformación histórica de nuestra lengua.

El empleo de la arroba u otro signo que busca neutralizar la distinción de género, aunque es un recurso probablemente destinado a desaparecer, es mucho más inocente, porque deja constancia exclusivamente gráfica de esa voluntad –llamémosla «social» o «ideológica»–, sin proponer la asignación de un sonido diferenciado, que es, como hemos intentado explicarlo, interferencia lingüística mucho más grave.

La hipotética introducción de esos sustantivos y adjetivos artificiales terminados en «e» daría nacimiento a otros problemas no despreciables, como las dificultades que implicaría la enseñanza del nuevo sistema (el cuestionable entrenamiento de los padres, maestros y de la población en general), la puesta en peligro de la unidad del idioma de veintitrés naciones si ese cambio se impusiera solo en ciertos lugares, como todo indica que podría suceder si se avanzara desacompañadamente en esa línea, y etcéteras que seguramente surgirían a medida que se profundizara la reflexión sobre el asunto.

No deja de ser paradójico que se reclame a las academias una intervención en la lengua, cuando lo general en los últimos tiempos ha sido un mal disimulado rechazo hacia cualquier política de imposición normativa.

**Ignacio Bosque, de la Real Academia española Española**

Llama la atención el que sean tantas las personas que creen que los significados de las palabras se deciden en asambleas de notables, y que se negocian y se promulgan como las leyes. Parecen pensar que el sistema lingüístico es una especie de código civil o de la circulación: cada norma tiene su fecha; cada ley se revisa, se negocia o se enmienda en determinada ocasión, sea la elección del indicativo o del subjuntivo, la posición del adjetivo, la concordancia de tiempos o la acepción cuarta de este verbo o aquel sustantivo.

Nadie niega que la lengua refleje, especialmente en su léxico, distinciones de naturaleza social, pero es muy discutible que la evolución de su estructura morfológica y sintáctica dependa de la decisión consciente de los hablantes o que se pueda controlar con normas de política lingüística. En ciertos fenómenos gramaticales puede encontrarse, desde luego, un sustrato social, pero lo más probable es que su reflejo sea ya opaco y que sus consecuencias en la conciencia lingüística de los hablantes sean nulas.

**Francisco Fernández Beltrán, Presidente de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas**

El informe de la Academia es un estudio equilibrado y una advertencia necesaria sobre ciertos abusos. Resulta evidente que todos los ejemplos expuestos merecen una reflexión desde el punto de vista lingüístico. No hay que olvidar que determinadas prácticas y recomendaciones de las citadas guías se plantean para hacer una llamada de atención sobre una situación de infravaloración de las mujeres, que en determinados ámbitos no han alcanzado la plena igualdad, pero ello no debe poner en riesgo la utilidad del idioma como herramienta de comunicación y relación.

**Pedro Álvarez de Alvarado, lingüista**

Pues bien, el concepto de *por defecto* en informática es muy similar al concepto de *no marcado* en lingüística. La letra redonda es, frente a la cursiva o la negrita, la letra que actúa *por defecto*. También podemos decir de ella que es, frente a aquellas dos, la letra *no marcada*.

Cuando yo construyo una frase en que un adjetivo debe concordar con dos sustantivos, uno masculino y otro femenino, ne-

cesito que ese adjetivo (si tiene variación de género; muchos no la tienen) vaya en *uno* de los dos géneros. Uno cualquiera, en principio... Lo que no puede es no ir en ninguno, porque el «*sistema*», para funcionar, necesita que uno se imponga *por defecto*. Tampoco puede ir en los dos, porque su presencia simultánea es incompatible en una sola forma, del mismo modo que una misma palabra no puede estar escrita al mismo tiempo en redonda y en cursiva (sí, por cierto, en redonda y en negrita). Sí puede, pero no debe, duplicarse el adjetivo, porque ello atenta contra un principio fundamental en las lenguas que es el de la economía, al que también podríamos llamar «*del mínimo esfuerzo*». Así, no nos queda más remedio, en nuestra lengua, que decir «*los árboles*» y las plantas estaban secas, con el adjetivo en masculino. ¿Por qué? Porque el masculino es el género *por defecto*, es, frente al femenino, el género *no marcado*.

Rosa Montero lo ha escrito admirablemente: «*Es verdad que el lenguaje es sexista, porque la sociedad también lo es*». Lo que resulta ingenuo, además de inútil, es pretender cambiar el lenguaje para ver si así cambia la sociedad. Lo que habrá que cambiar, naturalmente, es la sociedad. Al cambiarla, determinados aspectos del lenguaje también cambiarán (*en ese orden*); pero, desengañémonos, otros que afectan a la constitución interna del sistema, a su núcleo duro, no cambiarán, porque no pueden hacerlo sin que el sistema deje de funcionar.

Una última consideración, también dramatizadora y relativizadora. En español, los nombres que designan seres animados, y por tanto dotados de sexo, pueden ser de tres tipos. Unos tienen marcas de género («*niño/niña*», «*monje/monja*», «*profesor/profesora*»...). Otros no las tienen, pero sí tienen dos géneros, evidenciados por la doble concordancia que establecen con el artículo o con otras palabras («*el artista/la artista*», «*el modelo/la modelo*», «*el cantante/la cantante*», «*el portavoz/la portavoz*»...). Otros, ciertamente, vacilan. Pero hay un tercer grupo que me interesa especialmente: es el de los nombres llamados *epícenos*; los epícenos tienen un solo género gramatical, pero sirven para referirse tanto a seres de sexo masculino como a seres de sexo femenino. Ahí se ve muy bien que no se deben identificar género y sexo. Pues bien, hay muchos nombres epícenos que son femeninos, lo que supone una muy modesta compensación al avasallador poder del masculino como género no marcado. En «*una persona*», «*una criatura*», «*una víc-*

*tima*», «*una figura*», «*una eminencia*»... el femenino asume la representación tanto del masculino como del femenino. A ningún hombre se le ocurrirá sentirse discriminado por ello. Faltaría más.

Hay otro ejemplo muy bonito, y de más calado. En italiano —una lengua hermana de la española, y hablada por un pueblo a menudo tildado de masculinista o de machista— un pronombre femenino, «*Lei*» (literalmente «*ella*»), se utiliza con el mismo valor que nuestro «*usted*», es decir, asume, en el tratamiento de respeto, la representación tanto de un hombre como de una mujer. Bien pensado, otro tanto le ocurría al antecesor de nuestro «*usted*», la forma «*vuestra merced*», con esa visible marca femenina en el posesivo, en consonancia con el género femenino de *merced*.

Ya sé que estos ejemplos de ligera prevalencia del femenino implican muy poca compensación. Espero, al menos, que sirvan, como lo pretende la totalidad de este artículo, para relativizar las cosas, desdramatizando a todo trance una terca realidad contra la que es estéril estrellarse: la condición inamovible del masculino como género no marcado.

### Beatriz Sarlo, ensayista

La historia enseña que los cambios en las lenguas no se imponen desde las academias ni desde un movimiento social.

Sorprende la confianza con que hoy se quiere implantar el uso conjunto de masculino y femenino, como si esa transformación lingüística garantizara una igualdad de género. Cuando esa igualdad se exprese enteramente, ya estará afincada en los diccionarios. Pero lo que más sorprende es la curiosa solución de utilizar la letra e final para indicar conjuntamente al masculino y el femenino. Estudiantes de la élite social y cultural, que asisten a los dos prestigiosos colegios universitarios de Buenos Aires, hoy dicen: «*les alumnos*», «*les amigas*», como si la «e» final otorgara la representación del masculino y el femenino, a contrapelo del español. La historia de las lenguas enseña (a quien la conozca un poco) que los cambios en el habla y en la escritura no se imponen desde las academias ni desde la dirección de un movimiento social, no importa cuán justas sean sus reivindicaciones.

Los cambios en una lengua son más difíciles de implantar que los cambios políticos. La razón es evidente, si atendemos a que la lengua no es un instrumento exterior que se adopta a voluntad (como se

adopta una ideología, incluso una perspectiva moral), sino que nos constituye. Para cambiarla hay dos caminos: imponer que padres y madres hablen a sus hijos desde el nacimiento con los sustantivos en femenino y masculino, lo cual es una utopía atractiva pero autoritaria. O esperar que la victoria en las luchas por la igualdad de género resulte, como en los ejemplos de *black* o *gaucho*, en cambios de larga duración.

La militancia puede favorecer esos cambios, pero no puede imponerlos. Si pudiera imponerlos, quienes defendemos la igualdad más completa entre hombres y mujeres ya estaríamos hablando con *doble* sustantivo desde el momento en que apoyamos un movimiento que es universal e indetenible, pero no omnipotente como un dios o una diosa.

### Ignacio Roca, lingüista

La igualación espuria de sexo y género en efecto está en la base de la práctica dobletista. Asimismo en la del uso de la misma palabra género por sexo en un creciente número de contextos: considérese la por desgracia tan manida frase violencia de género, o formularios que piden el *género* del solicitante al lado de su nombre, fecha de nacimiento y demás. Pero el sexo es una realidad biológica diferencial de los seres vivos, mientras que género significa «*clase, tipo*», de donde géneros literarios o musicales, por ejemplo, y también género gramatical, que diferencia el (por tradición mal llamado) «*masculino*» («*el almendral pequeño*») de su contrapuesto «*femenino*» («*la catedral pequeña*»), ambos evidentemente sin la menor conexión con el sexo.

El tercer hecho real es que el significado de cada palabra en cada lengua es aleatorio, a la manera como son impredecibles el tamaño y la forma de cada guijarro que pisamos en el camino: ni el uno ni los otros son derivables por ninguna regla, sino que se aprehenden pieza a pieza según se van encontrando en la vida. Y en castellano real, normal, tradicional, general, apolítico el significado de «*vasco*» no posee restricción sexual a varones: cuando decimos los vascos son un pueblo prerromano estamos incluyendo tanto a hombres como a mujeres, mientras que si decimos los monjes llevan una vida virtuosa si excluimos a las monjas. Esto lo sabemos todos los hablantes pues el castellano es así: el significado de «*vasco*» carece de restricción sexual (es simplemente «*persona vasca*»), pero el de «*monje*» (muy excepcionalmente) la

tiene a «varón», igual que «brujo», «marido», «varón», «macho» y quizá basta. Los otros masculinos con correlato léxico femenino (cientos o quizá miles) significan solo «persona», como las palabras sin el tal correlato «persona», «gente», «retoño», «prole», «vástago» y quizá alguna otra: como miembros del reino animal, los seres humanos poseemos un sexo diferencial, pero no todas las palabras hacen referencia a él, y el sexo biológico no se traduce así automáticamente en sexo lingüístico. Lo estamos viendo aquí y lo sabemos intuitivamente sin enseñanza explícita todos los hablantes del castellano, como conocemos también los demás entresijos de esta lengua, más compleja por cierto (como cualquier lengua humana) de lo que el lego lingüístico pueda suponer.

La igualación espuria de sexo y género está en la base de la práctica dobletista. La práctica del doblete mete al sexo donde no lo hay.

**Jorge Fernández Díaz, de la  
Academia argentina de Letras**

Los diccionarios que elaboran los lingüistas y los académicos recogen el habla de una sociedad, no la imponen. Si comenzaran a hacerlo, cualquier otra ideología –en nombre del «bien»– podría presionar igualmente para decretar sus propias formas de expresión y dictar normativas de distinto sesgo. El llamado «lenguaje inclusivo» responde a una buena noticia: se extiende en el mundo occidental una cultura de la feminización y un igualitarismo de género. Eso no quiere decir que el habla popular lo haya adoptado, ni siquiera que vaya a adoptarlo alguna vez. Si lo hiciera, si esas expresiones fueran realmente masivas y echaran raíz genuina en los pueblos, los diccionarios deberían registrar el fenómeno.

## **Conclusiones**

Nada existe en absoluta quietud, todo es movimiento y equilibrio inestable entre avance y retroceso, por la acción simultánea de fuerzas contrarias: el espíritu del equilibrio y la tendencia simultánea a la ruptura son las propiedades indispensables de ese todo que constituye la lengua. Los lingüistas analizan los modos de hablar sin juzgar, escuchan y leen las variantes y observan cómo las opciones subjetivas causan ciertos efectos discursivos. No se sabe aún si los nuevos estilos se constituirán en verdaderos cambios lingüísticos, los cuales históricamente no han surgido de la voluntad ni de la imposición, sino de las necesidades comunicativas de los hablantes.

## Bibliografía

- Álvarez de Miranda, Pedro (7 de marzo de 2012). El género no marcado. *Diario El País*. Recuperado el 24 de septiembre de 2018 de: [https://elpais.com/cultura/2012/03/07/actualidad/1331150944\\_957483.html](https://elpais.com/cultura/2012/03/07/actualidad/1331150944_957483.html)
- Bosque, Ignacio (1 de marzo de 2012). Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer. Madrid: RAE. Recuperado el 25 de septiembre de 2018 de: [http://www.rae.es/sites/default/files/Sexismo\\_linguistico\\_y\\_visibilidad\\_de\\_la\\_mujer\\_o.pdf](http://www.rae.es/sites/default/files/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_la_mujer_o.pdf)
- Bustos Ruiz, Héctor J. (enero de 2006). El cambio lingüístico. *Cuadernos de lingüística hispánica*, (7), pp. 21-36. Colombia: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Departamento de Español (2015). *Materiales del curso de Español 4*. Leiden: Leiden Universitat.
- Fernández Díaz, Jorge (7 de septiembre de 2018). Buenas noticias para la inclusión. *Revista Ñ*. Recuperado el 12 de noviembre de 2018 de: [https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/buenas-noticias-inclusion\\_o\\_ryUNhOxdm.html](https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/buenas-noticias-inclusion_o_ryUNhOxdm.html)
- Galarza, Romina (diciembre de 2017). El uso de la x como lenguaje inclusivo en las redes sociales. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 3(1). Recuperado el 25 de septiembre de 2018 de: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/4771/3857>
- García Meseguer, Álvaro (marzo de 2001) ¿Es sexista la lengua española? *Panace@: Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción*. 2(3), pp. 20-34. Madrid: MedTrad.
- Lagneaux, Milagros (diciembre de 2017). El lenguaje inclusivo y la escritura académica en la universidad. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 3(1). Recuperado el 24 de septiembre de 2018 de: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/4780/3866>
- Marcial Pérez, David (3 de diciembre de 2017) ¿Es sexista la lengua española? *Diario El País*. Recuperado el 24 de septiembre de 2018 de: [https://elpais.com/cultura/2017/12/03/actualidad/1512259900\\_135421.html](https://elpais.com/cultura/2017/12/03/actualidad/1512259900_135421.html)
- Roca, Ignacio (5 de agosto de 2012). A propósito de una polémica lingüística. *Diario El País*. Recuperado el 25 de septiembre de 2018 de: [https://elpais.com/elpais/2012/07/05/opinion/1341512927\\_393567.html](https://elpais.com/elpais/2012/07/05/opinion/1341512927_393567.html)
- Sarlo, Beatriz (12 de octubre de 2018). Alumnos, alumnas y alumnos. *Diario El País*. Recuperado el 14 de octubre de 2018 de: [https://elpais.com/cultura/2018/10/09/babelia/1539083839\\_285133.html](https://elpais.com/cultura/2018/10/09/babelia/1539083839_285133.html)
- Silva-Corvalán, Carmen (2001). *Sociolingüística y pragmática del Español*. Washington, DC: Georgetown University Press.
- Tosi, Carolina (7 de septiembre de 2018). Debate por el lenguaje inclusivo. *Revista Ñ*. Recuperado el 24 de septiembre de 2018 de: [https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/idioma-banquillo-machista\\_o\\_Skx\\_yuxuX.html](https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/idioma-banquillo-machista_o_Skx_yuxuX.html)



## Sitios

Meana, Teresa [Cotidiano Mujer] (4 de octubre de 2016). Teresa Meana - DebateFeminista 2016 - El Lenguaje Como Territorio de Poder [Archivo de video]. Recuperado el 27 de septiembre de 2018 de: <https://www.youtube.com/watch?v=2pqFzCrzpB8>

del Valle, José (21 de agosto de 2018). «El lenguaje inclusivo y “el sistema”» y «El lenguaje inclusivo y la incomodidad». La política de la incomodidad [Entrada publicada en un blog]. Anuario de Glotopolítica [Blog]. Recuperado el 10 de octubre de 2018 de: <https://glotopolitica.com/2018/08/21/la-politica-de-la-incomodidad/>

## Bibliografía complementaria

Bolaños Cuéllar, Sergio (2013). Sexismo lingüístico: aproximación a un problema complejo de la lingüística contemporánea. *Forma y Función*, 26(1), pp. 89-110.

Cabeza Pereiro, María del Carmen & Rodríguez Barcia, Susana (2013). Aspectos ideológicos, gramaticales y léxicos del sexismo lingüístico. *Estudios filológicos*, (52), pp. 7-27. Chile: Universidad Austral de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

Calero Fernández, M.<sup>a</sup> Ángeles (1999). *Sexismo lingüístico. Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*. Madrid: Narcea.

Fernández Pérez, Milagros (2013). Sexismo y lengua: ¿Qué nos dicen los enfoques discursivos? *Revista de Investigación Lingüística*, 16(1), pp. 43-60. Murcia: Universidad de Murcia, Departamento de Lengua Española y Lingüística General.

Furtado, Victoria (2013). El lenguaje inclusivo como política lingüística de género. *Revista digital de políticas lingüísticas*, 5(5), pp. 48-70. Córdoba: AUGM, Universidad Federal de Santa Catarina, Universidad Nacional de Córdoba.

Lakoff, Robin (1995). *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona: Hacer editorial.

Lemus, Jorge (2001). Sexismo en el lenguaje: mitos y realidades. *Memoria: Encuentro de la Red Centroamericana de Antropología*, pp. 195-225. San Salvador: Asociación Salvadoreña de Antropología. Recuperado de: <http://www.fundacionquetzalcoatl.org/Sexismo%20en%20el%20lenguaje-1.pdf>

Lomas, Carlos (1999). *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*. Barcelona: Paidós.

Lozano Domingo, Irene (1995). *Lenguaje femenino, lenguaje masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?* Madrid: Minerva Ediciones.

Portal Nieto, Ana María (2000). ELE: género gramatical y sexismo lingüístico. *Nuevas perspectivas en la enseñanza del español como lengua extranjera: actas del X Congreso Internacional de ASELE (Cádiz, 22-25 de septiembre de 1999)*, 2, pp. 551-558. Cádiz: Asociación para la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera.

- Ronconi, María Fernanda (2014). Mirando la lengua con binoculares violetas: reflexiones desde una perspectiva de género. *El toldo de Astier*, 5(9), pp. 92-106. Recuperado de:  
<http://www.eltoldodeastier.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-9/MRonconi.pdf>
- Sastre Ruano, M.<sup>a</sup> de los Ángeles, Calero Vaquera, María Luisa & Lliteras, Margarita (2003). *Lengua y discurso sexista*. Guía de estilo 1. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Suardiaz, Delia Esther (2002). *El sexismo en la lengua española*. Zaragoza: Libros Pórtico.
- Tapia-Arizmendi, Margarita & Romani, Patrizia (2012). Lengua y género en documentos académicos. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 19(59), pp. 69-86.
- Vigara Tauste, Ana M.<sup>a</sup> y Jiménez, Rosa M.<sup>a</sup> (eds.) (2002). *‘Género’, sexo, discurso*. Madrid: Ediciones del Laberinto.

# Autoridades de la Universidad Nacional de La Plata

**Presidente**

Dr. Fernando Tauber

**Vicepresidente Área Institucional**

Mag. Marcos Actis

**Vicepresidente Área Académica**

Dr. Martín López Armengol

**Secretario de Asuntos Académicos**

Dr. Aníbal Omar Viguera

**Prosecretaria de Asuntos Académicos**

Prof. Laura Agratti

# Autoridades del Bachillerato de Bellas Artes

**Directora**

Prof. Andrea Aguerre

**Vicedirectora Institucional**

Lic. Laura Martínez

**Vicedirector Académico**

Prof. Pablo Araujo

**Secretaria Académica**

Dra. Guillermina Piatti

**Secretaria de Extensión e Investigación**

Prof. María Eugenia Busse Corbalán

**Secretario de Bienestar Estudiantil**

Lic. Juan Pablo Massa

**Secretaria de Derechos Humanos**

Prof. Lucía Gentile

**Secretaria Administrativa**

Mónica Luna

**Departamento de Lenguas y Literatura**

*Jefa de Departamento:*

Prof. Lila Tiberi

*Coordinadora:*

Prof. Claudia Dabove

*Ayudantes de gestión departamental:*

Prof. Paula Niemelä y Prof. Marcela Bruno.